

NO HAY SALVACION PARA LOS HOMBRES

Antonio Balli

Vivimos en un mundo donde el cordón umbilical entre madre e hijo nunca estará cortado completamente; en un mundo en que a menudo existe un amoroso respeto y una solidaria unión entre los dos. Pero, no obstante, tan celebrado maternalismo se disipa frente a una madre sin marido (y sin, por lo menos, un concubino, lo que podría representar una parcial, aunque insegura, solución al problema). *La madre-soltera* ha hecho lo que hacen tantas. Pero, puesto que existe la prueba de su "pecado", el juez a veces se hace muy duro e intransigente.

Hay quien, sin tardar, califica la madre-soltera con las palabras más injuriosas: una mujer a la cual no pueden acercarse los maridos, los novios, los hijos, los hermanos; una mujer con la cual los hombres están autorizados a "tantear", "por no tener ella ya nada que perder". Sobre esta maternidad ilegítima cae una sombra de morbosidad equívoca o, cuanto menos, de "piadosa hipocrecía". También quien parece dispuesto a formular juicios serenos y serios concluye por admitir que no escogería de buena gana una madre-soltera como amiga de su hija, de su hermana o de su esposa. El podría también terminar por admitir que él no casaría con ella, si fuera soltero, por existir tantas buenas muchachas fuera de "aquella".

El coraje y el amor con que una mujer sola cría su hijo, a veces hasta renunciar a la idea del matrimonio, no es suficiente para redimirla de la "culpa" de ser madre. Según el parecer de muchos, ella debería esconderse, recurriendo a la comprensión y a la piedad de la gente, porque una actitud prudente y el silencio son el refugio y la condición esencial a la redención.

Una cruel condena social pesa sobre las madres-solteras. Ninguna maravilla, entonces, que en algunas instituciones asistenciales de ciertos países asumen también el aspecto exterior de las reclusas: un uniforme y un número. Ninguna maravilla, repetimos, si una mujer se siente como una "perra roñosa" cuando se da cuenta de esperar un niño y el hombre la abandona. Se justifican por eso, el miedo, la vergüenza, el angustioso esconder su propio estado, y hasta ciertos monstruosos infanticidios. Se explican las razones porque tantas muchachas llegan hasta despedirse de su trabajo, a huir de su propio ambiente. Y si no huyen de su propia iniciativa, puede la familia decretar su ostracismo. Hay casos en los cuales el padre hecha de la casa la hija "pecadora", o la obliga a abandonar al niño, o la tiene encerrada en la casa hasta tanto que no se ha buscado un marido cualquiera. En un país "civilizado" de este mundo que no vale la pena recordar, sucedió un caso que refleja una crueldad, desde luego medieval: una muchacha ha sido escondida en un tonel por tres meses, cómplice la madre, porque un hermano había amenazado matarla a bastonazos.

Nadie puede negar que entre las madres-solteras haya también mujeres viciadas. Pero la etiqueta de la madre-soltera cubre una vasta gama de situaciones: desde la muchacha abandonada después de un verdadero noviazgo, a la adolescente seducida por un bruto o descarriada por un familiar, a la muchacha que ha aceptado hacer peligrosos jueguitos sexuales para parecer "moderna" o para satisfacer su curiosidad, a la muchacha que ha perdido la cabeza por un hombre casado ignorando a menudo de su estado civil, a la muchacha que convive con un hombre separado de su esposa

Entre las madres solteras hay personalidades profundamente fastidiadas en el plano

afectivo, caracterial, intelectual; y mujeres normalísimas que han cedido en un momento de turbación de los sentidos (a menudo confundiendo por temura lo que no es sino deseo sexual del hombre), o también que han cedido por una violencia física o moral. Hay la sirvienta que se encuentra embarazada por culpa de un hijo de la portera o de uno de sus dueños; la universitaria por culpa de un compañero de estudios; la mecanógrafa muy pobre y la actriz protegida muy bien económicamente; la muchacha crecida en un ambiente miserable y amoral; la joven criada con rigidez puritana. Una muestra, en suma, de humanidad muy vasta.

Entonces, ¿por qué se admite que las madres—solteras pertenecen especialmente a las clases humildes, a familias irregulares, disociadas, pobres? La razón principal está en que el problema se estudia habitualmente en el ámbito de los entes asistenciales donde no se hallan las señoritas de familias acomodadas. Después porque las muchachas de la burguesía pueden recurrir al aborto con más facilidad. La sirvienta sola y desprevenida, si busca la manera de liberarse del niño, lo hace con métodos empíricos que no siempre alcanzan buenos resultados; mientras que las muchachas con suficientes recursos económicos buscan un médico que les resuelva el problema de manera apropiada. Puede ocurrir que también en las familias socialmente más elevadas no se llegue al aborto: podría tratarse de casos de muchachas que han revelado su caso demasiado tarde y un eventual aborto podría representar la muerte para la madre; podría ser por motivos éticos y religiosos; o porque se trata de una joven mayor de edad e independiente económicamente que no quiere renunciar a su hijo o que, sin más, lo ha querido.

El fenómeno de las madres—solteras podría, desde un cierto punto de vista, ser un fenómeno nuevo en la sociedad de hoy día. Hay mujeres que han querido un hijo del hombre del cual se enamoraron, aun sabiendo que el matrimonio no era posible. Hay psicólogos que afirman de no haber nunca encontrado una mujer que, estando enamorada de un hombre, no haya vivido la extrema tentación de fabricar un niño con él: también si la relación tenía un futuro incierto o, con la mejor buena voluntad, nunca podía resolverse en un matrimonio.

Pero existen también madres—solteras voluntarias, que han querido un hijo, sin que les interese al hombre con el cual lo han concebido. Hay quien las define una “reina de abejas” porque hacen como éstas, que dejan el zángano fuera de la colmena después del vuelo nupcial. Se cita el caso de una brillante profesional que dirige una industria. Mujer dotada de un encanto notable, inteligente, culta, acercándose a los cuarenta años ha querido ser madre sin casarse. No le hubiera sido difícil encontrar un marido y tener un hijo con los crismas de la legalidad. Pero a ella un marido no le interesaba. Indiferente a las críticas y convencida de poder sostener la doble función de madre y de padre, ha escogido con mucho cuidado un muchacho sano, encantador y con un cerebro normal. Durante la preñez ha leído todos los libros de puericultura existentes en la plaza. Nació una niña que está creciendo muy bien.

Un fenómeno, como éste es concebible solamente en una sociedad en la cual la mujer está asumiendo un carácter determinante, dice un psicólogo. Todavía, si también una obrera tendría el deseo de un hijo sin casarse, difícilmente podría poner en práctica aquel plan. Las madres—solteras voluntarias son mujeres con la situación profesional, financiera, social que las hacen indiferentes al juicio del prójimo. Buscan la maternidad como satisfacción narcisista. No se dan razón que el niño necesita de una familia completa. Hay quien podría objetar que también los hijos de una viuda crecen sin padre. Pero un huérfano posee, por lo menos, una imagen concreta, a la cual puede referirse. No un fantasma.

¿Cuántas son las madres—solteras de un país cualquiera? Es una pregunta sin contestación, por ser imposible una estadística: hay madres—solteras que no reconocen al hijo; hay otras que se casan con otro hombre; hay concubinas o que viven solas escondiendo su situación.

¿Cuáles podrían ser las causas de tantos males? Sin duda son muchas, entre las cuales las que siguen: los padres no ayudan suficientemente, no cautelan, no protegen suficientemente a los hijos. Cuando en tiempos no tan lejanos las muchachas se quedaban en sus casas trabajando y no salían sino bajo vigilancia, recibían al novio en presencia de un familiar; un atentado a su virtud era difícil como una agresión a los subterráneos de un banco. Hoy en día, si a una muchacha no se le enseña a cuidarse sola, pronto tropieza. Eso demuestra como se haya hecho difícil el oficio de padres en cuidar a los hijos. También la excesiva rigidez puede ser antiproduktiva. Además, el ambiente en que vivimos está sobrecargado de estímulos eróticos. Y no faltan ni medios ni ocasiones para un convenio peligroso entre dos jóvenes.

Uno de los cómplices más grandes de los pecados sexuales es el automóvil. Escuchando las confesiones de las madres—solteras, se ha la sensación —admiten los psicólogos— de una armada de niños concebidos sobre las cuatro ruedas. Los idilios, por lo demás, comienzan y se fortalecen en las salas de baile.

Es motivo que el baile sacude las inhibiciones, si alguien las posee. En efecto, los bailes son famosos como viveros matrimoniales. Pero son también viveros de dramas penosos para las muchachas menos afortunadas. Los meses del año, según cálculos estadísticos de ciertos países, en que, con la complicidad de los automóviles y de los bailes, se verifica el mayor número de embarazos no deseados, es el período de las grandes fiestas, cuando también el hombre más tranquilo se siente obligado a encarnar el mito del impetuoso enamorado.

Un aspecto nuevo lo vemos en la costumbre de transformar el noviazgo en una verdadera y propia relación prematrimonial. Consideran el hecho indispensable para no correr el riesgo de encontrarse, dicen los hombres, con una mujer estéril. Pero eso puede llevar a graves consecuencias si, en caso de nacimiento de un hijo, el novio o los dos novios no quieren casarse, prefiriendo el aborto. Si es el hombre que no quiere, las excusas no faltan. Hay quien dice que no quiere abandonar los estudios y la futura carrera. Otros afirman que son demasiado jóvenes para verse como aprisionados; o que es embarazoso casarse si hay ya un hijo en camino. Quizás, todo esto podría depender, como algunos afirman, que un niño juega un papel distinto en la psicología de la madre y del padre: el amor materno brota de un enlace carnal, el amor paterno es un sentimiento que se conquista. La responsabilidad de un hijo, no querido o no planeado, asusta a ciertos hombres. La primera reacción es exigir el aborto. La segunda es la de huir de una manera sumamente cobarde, negando la paternidad del niño. Aunque sin pensar en la cobardía por parte de los hombres, es indiscutible que la madre se siente más madre de su hijo que el padre, padre de su hijo. Razón por la cual puede existir indiferencia por parte del hombre, aunque parcial, hacia el hijo, pero absolutamente no indiferencia por parte de la madre, aunque quiera demostrarlo, o quiera convencerse que así es.

Añadimos que, en esta fuga de sus propias responsabilidades; juega también el absurdo prejuicio de que no puede ser honesta una muchacha que ha tenido una relación antes del matrimonio.

Si un hombre es capaz de dejar la novia que espera un niño, imaginemos que podría suceder frente a un hijo concebido durante una relación más o menos seria, pero sin una concreta promesa de matrimonio. Es opinión, por parte de quienes conocen a fondo el problema, que el origen de tantas maternidades ilegítimas está en el haber planeado relaciones sin juicio; lo que no impide pensar que una muchacha se haya hecho ilusiones justificadas. Por ejemplo, se conocen casos de muchachas que vivieron con un hombre, atendiendo a él, y a su casa, como si se tratara de una verdadera esposa, pero sin saber que su amigo tenía una novia con la cual más tarde se casó, dejando la primera mujer abandonada y con hijos.

Se sabe también de madres “casi contentas” de verse embarazadas; con eso esperaban de convencer al hombre a casarse con ellas. Otras buscan al niño con la esperanza de conservar al hombre que no parece dispuesto a contraer matrimonio. Frente a una

inseguridad en el matrimonio, muchas mujeres hacen lo que el hombre quiere para conquistarlo, pero no por eso logran el objetivo, quedándose madres. Y lo que es peor es la manera brutal con que los hombres contestan a la mujer que les anuncia el próximo nacimiento de un hijo. A veces puede tratarse de muchachas expertas y no resistentes a la voluntad de un hombre, razón por la cual las dudas pueden ser legítimas, pero la reacción es siempre muy grosera y brutal.

Con base en estudios sociológicos de ciertos países, el 80 por ciento de los hombres aconseja el aborto. Los más generosos se ofrecen para pagar los gastos. Casi siempre, después de haber aconsejado el aborto, los hombres culpables desaparecen, sin dejar ningún rastro. Llegan hasta el punto de difamar la mujer acusándola de tener relaciones sexuales con otros. Y para defenderse frente a esta acusación, los hombres encuentran fácilmente amigos dispuestos a confirmar que la muchacha "jugó" también con ellos.

Un amor que termina representa siempre un asunto muy amargo. Pensemos al estado de ánimo de una mujer que, además de otras cosas, debe sufrir insultos. Si por un lado, hay mujeres que, después de una injuria, prefieren olvidar para seguir sufriendo solas; por otro lado hay otras que recurren a tentativas de suicidio teatrales y patéticas para conmovir al hombre.

Demasiados problemas prácticos, demasiados conflictos rinden dramática la espera de un niño que nacerá sin padre, para que las madres solteras, se acuerden sin turbación de los meses de preñez. Llegan hasta el punto de odiar al futuro hijo.

Después que el hombre se ha ido por su cuenta y sin preocupaciones, la muchacha no ha siquiera el tiempo de llorar sobre su propia desilusión. Invasada por el pánico piensa en lo que hará y en que dirán sus padres. La revelación en familia, de la cual puede depender la suerte del mismo niño, es el primer problema que hay que enfrentar. Problema que no es para nada sencillo y que depende de muchos factores: por ejemplo, del tipo de relación que existía entre los jóvenes. Si se trata del novio, la muchacha puede avisar a sus padres con relativa tranquilidad; los padres podrían ayudarla a convencer al muchacho a portarse de verdadero caballero. Pero, ¿qué podría suceder si el niño ha sido concebido después de una relación más o menos superficial, o de una relación con un hombre casado o con un irresponsable o un malvado?

Una muchacha puede ser indecisa, en revelar su situación, también si es mayor de edad o si vive de su trabajo, porque de una manera más o menos inconsciente rehusa aquella maternidad que le turba la vida; porque le da vergüenza y teme una reacción áspera por parte de los familiares que sin duda sufrirán por lo sucedido; porque primero, quiere buscar una solución para demostrar que no necesitará ayuda de nadie. La hipótesis de los sufrimientos de los padres es muy frecuente. Es por eso que a estas muchachas indecisas hay que aconsejarles de no tardar demasiado a revelar su situación, por lo menos a la madre, para no deber enfrentar una reacción brutal por parte de la misma.

Cuando la verdad viene a flote, la reacción de la familia es casi siempre dura: en el juicio corriente, una muchacha que quede embarazada es una muchacha sin valor alguno. La preñez de una hija, llena de cólera, y de aprensión. Los padres consideran el hecho como una traición. También los eventuales interventos para obligar al hombre a "cumplir con sus deberes", son ofensivos, cargados de violencias; y agravan notablemente la situación. A menudo, no es tanto el bien real de la muchacha y del niño que tiene importancia, cuanto los prejuicios, el rencor, el sentido del honor ofendido. He aquí, los insultos, las amenazas rabiosas de proceder penalmente. Y si se llega al matrimonio, puede ser que para remediar a un daño se incurra en otro mayor.

Son pocos los padres que saben superar la amargura y la turbación con dignidad. Se citan casos de padres que aunque muy afligidos, han sabido enfrentar la situación con indómito coraje, ayudando a la hija a resolver sus problemas como mejor les fue posible.

Hay muchachas que por temor de una reacción fuerte por parte de los padres, logran seguir con su preñez sin que la gente se dé cuenta: recurriendo a verdaderas torturas

chinas con vendajes estrechísimos, y que parecen inconcebibles desde el punto de vista fisiológico.

Los infanticidios dictados por el miedo de la desaprobación en el ambiente familiar y social son los episodios más brutales en el drama de la madre—soltera. Todavía, existe un método más civilizado, pero igualmente criminoso, de liberarse de un niño, el aborto.

El aborto es condenado por la ley moral y religiosa y por el código penal. Pero no parece despertar un sentido de horror en la conciencia popular y en la conciencia de algunos que se consideran intelectuales. Quizas, por ser la palabra “aborto” distinta de la palabra “crimen”, muchas personas no consideran homicidio el aborto procurado, sobre todo en los primeros meses de embarazo. Es curioso como sea difícil convencer que una célula fecundada, que un ser de pocas horas de vida sea ya un ser con todos los derechos de seguir viviendo. Hay hasta médicos dotados de profundos principios éticos, que consideran inhumana la posición de la religión cuando no admite que hay derecho de matar a un niño aunque sea para salvar la vida de una madre. Podemos comprender que no tenemos el derecho de matar a una persona adulta para salvar otra persona adulta. Pero, para aquellos médicos no es homicidio cuando se trata de un ser que todavía no está formado. Se llega así a aquella mentalidad por la cual (hablando de madres—solteras) en ciertas familias se considera el aborto como una solución de un valor ético mayor con respecto al abandono del niño.

Es probable que la desventura con la cual se reeurre al aborto sea la consecuencia de lo siguiente:

Hay mujeres que se consideran madres en seguida después del concebimiento, es una percepción no intelectual, pero sí instintiva, por lo cual se sienten inmediatamente responsables de aquel ser y en deber de sacrificarse por él. Hay otras mujeres, al contrario, que empiezan a considerarse madres solamente cuando el niño empieza a moverse; mientras que en los primeros meses, cuando advierten sólo náuseas, perciben la preñez como un simple estorbo. Son, quizás, estas mujeres que piensan más fácilmente al aborto.

De todas maneras es raro que una muchacha llegue a la solución del aborto con indiferencia. Es una solución dictada no por el cinismo, sino por el medio: frente al escándalo, frente a un porvenir incierto y doloroso, la mujer prefiere no permitir al niño de nacer. Pero no se trata de un paso sin consecuencias; es un trauma fuerte. El aborto puede a veces hendir una personalidad, sobre todo si se trata de una mujer muy joven. A menudo la muchacha sigue viviendo con el recuerdo de aquel hijo que ha matado. Además, hay el conocimiento de haber hecho una cosa sucia: no se olvida cómo se llegó a estos abortos clandestinos, por obra de cuáles autores y en cuáles sórdidos ambientes. Después de la intervención, el autor del “delito” invita la muchacha a salir de la “sala de operación” con recomendaciones vagas. Se encuentra otra vez en la calle, turbada por lo que ha sucedido, aterrorizada por las eventuales consecuencias: una hemorragia que podría llevarla al hospital o en las páginas de los periódicos.

Según algunos psicólogos, ciertas mujeres que han llegado al aborto viven dolorosamente las sucesivas maternidades: son madres ansiosas, madres que ven pasar, en su imaginación, el fantasma de la muerte cada vez que el niño se enferma.

El deseo inmediato de abortar es compartido por la gran mayoría de las muchachas, también sin la presión del hombre y de los familiares. Algunas, todavía hechan pasos atrás asustadas, mientras están tratando de liberarse del hijo.

Después de investigaciones hechas, son pocas las madres solteras que aceptan al niño desde el comienzo. Son éstas las muchachas con profundos sentimientos éticos y religiosos; o que pertenecen a la categoría de mujeres que perciben de inmediato la preñez con maternidad, o que han querido mucho al padre del niño. Pero la mayoría llega a admitir el haber sido cogida por la desesperación y de haber tanteado el aborto, sin resultado, o de no haber encontrado un médico o una obstétrica dispuestos a intervenir.

También los padres piensan con facilidad a la solución del aborto cuando ven que el

matrimonio es improbable o imposible. Se piensa al aborto, no sólo porque un “niño ilegítimo causaría daño a la existencia de la muchacha”, sino también para evitar que toda la familia (especialmente si goza de un cierto prestigio social) sea señalada con un sello deshonoroso.

Y cuando la solución del aborto, aunque queriéndolo, es imposible, la muchacha esconde hasta donde puede el embarazo, recurriendo a subterfugios: pare en una clínica particular cualquiera y entrega al niño al hospicio más cercano para que lo adopten.

Si una muchacha no quiere o no puede recurrir al aborto, a veces huye para evitar la tragedia de un crimen de honor: los familiares de la muchacha podrían matar al seductor, como ya ocurrió y sigue ocurriendo en ciertos países.

El regreso en familia es, aparte algunas excepciones, la solución mejor tanto para la madre soltera como para el niño. Por suerte, que la batalla contra los prejuicios no se pierde siempre: al comienzo muchos padres de madres—solteras tienen el temor del escándalo, pero, cuando ven al nieto, cambian de pareceres y les muerde la conciencia por haberlo juzgado inferior a los otros niños.

Puede ser un problema económico el que obstaculiza el regreso de la muchacha a la casa; razón por la cual sus padres no están siempre de acuerdo en eso. A menos que la nueva madre tenga un empleo y con éste pueda criar al hijo.

Si el matrimonio es una solución aconsejable, ni el padre del niño ni los familiares del seductor están siempre de acuerdo en eso. Pero no olvidemos que existen otras soluciones en las cuales un hombre de bien puede hacer frente a sus obligaciones morales. Y si el joven es un inconsciente, por lo menos sus familiares deberían hacerse responsables; lo que muy a menudo no ocurre.

Si hay muchachas que renuncian al matrimonio cuando se dan cuenta de que el padre de su hijo no quiere casarse, hay otras que ceden a las muchas tentativas que se les presentan para convencer al reluctant. Y hacen los últimos humillantes ensayos para inducir al hombre al matrimonio, exhibiéndose en escándalos con el niño en sus brazos. Hay hasta madres—solteras que llegan a protestar sus derechos en las iglesias donde el seductor está diciendo “sí” a otra mujer.

Es difícil en el caso de una madre—soltera, sin recursos y sin protección, organizar la vida con el niño. Debe someterse a un esfuerzo físico y a una tensión psíquica no indiferentes: de día trabaja, de noche no puede descansar suficientemente porque el niño llora, por resentir del nerviosismo de la madre. Las cosas se complican todavía más cuando una mujer debe vivir con sus escasas ganancias. Y si ella llega al día en que no puede seguir viviendo por falta de recursos, o renuncia al hijo entregándolo a una institución, o se dedica a la prostitución. De todas maneras la sociedad hace demasiado poco para ayudar a estas mujeres.

Hay oficios que nunca permiten a una mujer, que vive sola y sin ayuda de otros, tener el hijo con ella. Debe ser otra mujer o una institución a cuidar al niño, con las muy posibles consecuencias desastrosas y dolorosas que voy a señalar.

Es notorio, por ejemplo, que los niños criados en dichas instituciones empiezan a caminar y a hablar más tarde y crecen mucho más despacio que los que viven con la madre o con otra mujer que sepa sustituirla; aunque no es fácil encontrar una buena nodriza, por tratarse de un trabajo que requiere mucha responsabilidad y que rinde poco económicamente. Sin olvidar que la madre no siempre cumple con sus obligaciones hacia la nodriza misma que, a veces, no recibe el sueldo que le corresponde.

Pero, no es tanto cuestión de dinero, cuanto por la rivalidad afectiva, que pueden surgir contrastes entre las nodrizas y las madres. Hay nodrizas que llegan hasta afeccionarse de verdad al niño y que sufren cuando deben deshacerse de él. Si hay madres, inteligentes y equilibradas, que gozan cuando ven que entre nodriza e hijo nace un enlace afectivo; hay otras en cambio, que se vuelven celosas y sufren por el prestigio y los derechos perdidos. Esta celosía termina siempre por reventar. La muchacha madre no piensa que es lógico que el niño se afeccione a la mujer que lo alimenta, lo lava, lo viste, lo

cura si está enfermo y lo consuela en cualquier momento si algo le pasa. Y, como resultado de tanta celosía, la madre busca la manera de vengarse confiando al hijo a otra nodriza; o a una institución donde la celosía y las rivalidades no habrán más posibilidad de surgir, pero con la consecuencia de que el niño incurrirá pronto en graves traumas que lo acompañarán durante toda la vida.

Los psicólogos afirman que la mayoría de las madres—solteras que dejan guardados a los hijos en dichas instituciones, sólo muy raramente van a visitarlos. Eso los hace sufrir: por ser solos y sin un apoyo afectivo, los niños crecen inseguros. Si las madres, pues, los ven nerviosos, no saben que es por falta de cariño y por no vivir en un ambiente familiar.

Naturalmente hay muchachos que crecen bien aun en las comunidades.

Pero se trata de seres cuyas mamás o algunos parientes los visitan a menudo. Que los niños sufran viviendo en estas instituciones, lo demuestra claramente su comportamiento cuando entran en ellas a los 3—4 años de edad, después de haber sido criados por una nodriza responsable, o por su propia mamá, o de todas formas, en un ambiente familiar. En los primeros tiempos brillan entre los compañeros por su vivacidad y por su inteligencia. Parecen, aun, más graciosos. Pero, después de pocos meses de “cautiverio”, ya se parecen a los demás: su carácter de antes ha variado. El cambio asusta de verdad.

Una madre—soltera puede encontrar en el matrimonio la solución a muchos de estos problemas: por ejemplo, encontrar otra vez el respeto de la sociedad y un apoyo moral en ella; el sueldo del esposo aliviará las preocupaciones económicas; el niño crecerá más feliz y sin complejos.

Según cálculos estadísticos de ciertos países, más de la mitad de las muchachas, que tienen hijos sin padres, se casan. Pero, muy pocas son las que contraen nupcias con el padre del niño, y cuyos resultados no son siempre satisfactorios. Eso se podría atribuir a la falta de un verdadero amor entre los nuevos casados, en cuanto se admite que si de verdad se hubieran querido, no era necesario esperar que el niño naciera para casarse; a menos que no hayan intervenido problemas contingentes que no han permitido antes el matrimonio, o que lo han obstaculizado. Cuando, pues, se trata de matrimonios de reparación ocurridos por la presión de los familiares de la mujer, es un continuo reprocharse las respectivas culpas. Lo malo está en el hecho de que la verdadera víctima de tantas discordias es el niño.

Numerosas son también las muchachas que rehusan, a priori la eventualidad de un matrimonio porque han querido demasiado al padre del hijo y se consideran “viudas” de un gran amor, o porque temen de no encontrar al hombre capaz de transformarse en un buen padre para el hijo.

Por suerte que estas dudas no son siempre legítimas, por existir hombres que consideran al hijo de la esposa al mismo nivel que a los de sangre y los quieren igualmente a todos. Pero no faltan aquellos que no aceptan hijos de otros: porque el niño representa el recuerdo viviente de un viejo amor de la esposa, o porque temen que el muchacho herede las eventuales malas tendencias del padre verdadero. El niño ilegítimo escucha lo que dicen de él dentro y fuera de la clase y sufre porque comprende que el esposo de su mamá, el hombre al cual él le dice “papá”, no lo quiere y lo rechaza.

¿Tengo un papá, yo? Mamá ¿por qué no estás casada? Son las preguntas que cada madre, sin esposo, espera de su hijo con temor y vuergüenza. Son pocas las muchachas—madres que saben contestar a estos deseos con palabras serenas, para que el hijo sepa la verdad sin sufrir demasiado.

Desde la edad más joven es constante y doloroso, para su hijo ilegítimo, pensar en un padre que, aunque existiendo, no tiene ni cara ni nombre para el hijo mismo; que existe, pero que lo repudió aun antes de nacer.

También el huérfano de padre, crece sin padre. Pero tiene uno con un nombre y una cara que puede ver o imaginar en las fotografías, en el duelo de la madre, en las palabras de los familiares y de los amigos.

El ilegítimo tiene como padre un “fantasma”, del cual se habla con reticencia o con

rencor. Por eso, tantas madres—solteras, después de haber pensado como salvar la situación, se refugian en una fácil y piadosa mentira, y dan a entender al hijo que el padre ha muerto.

Cuando el hijo no pregunta nada acerca de su estado, la madre podría pensar que él no desea saber. Y ella está contenta. En realidad no es así. El niño está acumulando poco a poco, igual que una hormiga, todas las alusiones que logra coger en los discursos de los grandes, guardándolas en un rincón de su mente. Para después, en un día inesperado, decir algo que demuestra su curiosidad acerca de un hecho muy lejano del cual nunca, hasta entonces, había tenido el coraje de hablar abiertamente. Es por eso que los psicólogos aconsejan, con el objeto de evitarle inútiles sufrimientos, de poner al muchacho y a la muchacha frente a la situación con sencillez, sin enflorecer, sin dramatizar. El joven podrá probar igualmente algún reflejo de tristeza, un cierto sentido de inferioridad, hasta lo peor ha pasado.

¿Qué piensan, creciendo, los hijos sin padre del hombre que no los quiso aun antes que nacieran? Eso depende, en particular, de la manera con que la madre ha sabido presentarles el problema. Si la mujer ha seguido con su rencor hacia el hombre que la abandonó, el juicio del hijo es casi siempre negativo. Sea en el caso de un resentimiento abierto, sea que el mismo esté escondido detrás de una aparente indiferencia, un hijo sin padre perdona difícilmente. Cuando el "fantasma" paterno no tiene cara, el tormento y la curiosidad puede estimular a los muchachos más sensibles a hacer investigaciones casi policíacas sobre indicios tenues y, a veces inverosímiles.

Y de la madre, ¿qué conceptos tienen los hijos sin padre? Si se trata de una mujer que ha luchado, de una mujer equilibrada que ha aceptado con amor su maternidad ilegítima, entonces el hijo la respeta con todo el cariño, sin sombras algunas. Aunque puede ocurrir que, creciendo, el hijo se sienta como oprimido por un exceso de afecto materno, que puede llegar hasta el punto de inducir a la madre a renunciar al matrimonio.

La ausencia del padre puede tener sus serias consecuencias aunque indirectas, sobre el desarrollo de la personalidad de un hijo ilegítimo. Cuando el niño se cría en la familia de la madre, puede ser el abuelo o un tío a interpretar el rol paterno. Pero, si el abuelo es demasiado viejo, puede, sí, ofrecer ternura al nieto, pero nunca llenará el vacío de un padre. Podría llegar al punto de ser muy débil frente a asuntos importantes y, quizás inoportunamente severo frente a hechos sin verdadero interés.

Las cosas se complican todavía más si la madre—soltera jamás ha llegado a aceptar plenamente su maternidad ilegítima: por motivos morales, religiosos o sentimentales. El niño pronto se da cuenta de eso, y nace en él como un resentimiento que revienta a cada contraste, a cada insinuación desmañada. La no aceptación del hijo por su propia madre, lleva con facilidad a la mujer a desahogarse con violencia material sobre él, por ver en el hijo mismo el origen de sus preocupaciones, de sus trastornos, de sus problemas.

Igual que todas las criaturas queridas malamente o no queridas, a menudo el hijo de la madre—soltera crece con un sentido de honda inseguridad y de congoja, que puede esconder detrás de un apego morbosos hacia la madre de la cual es celoso hasta el punto de ver un rival en el cariño materno en cada niño, en cada hombre que la madre acerca.

Si, pues, la madre es una mujer discutible moralmente, que cambia de "amigo" con la misma facilidad, podríamos decir, con la cual cambia de pañuelo, quizás con la ilusión de encontrar un apoyo en la vida, el hijo puede llegar hasta tener vergüenza de su progenitora.

La situación más dolorosa es la de los "hijos de ignotos"; los que tienen, además de un padre "fantasma", también una mamá "fantasma". Se construyen una madre mítica, alrededor de la cual fantasean y por la cual sufren en secreto. Son muchachos que, a su vez, formarán familias inestables, vertiendo sobre la novia y después sobre la esposa el amor—odio, que tienen para la madre que nunca han conocido. Quieren ser amados—dicen los psicólogos— pero no son capaces sino de un amor infantil, chantajista, egoísta, posesivo hacia las muchachas.

Parecida es la situación de los hijos reconocidos y después entregados y abandonados en las instituciones. Cuando son todavía pequeños, son fatigados, apáticos, pálidos; lloran continuamente por ser el único medio instintivo para llamar la atención y para huir la soledad por lo menos en los pocos minutos que la puericultora los tiene en sus brazos, antes de ir a consolar a otros pequeños. Los más grandecitos son tímidos, esquivos, con una terrible inestabilidad motora: no pueden quedarse sin moverse un solo momento, no saben jugar, molestan a los compañeros, a veces son agresivos, su lenguaje es muy pobre, el cociente intelectual está bajo la media. Eso porque han sufrido y siguen sufriendo por falta de cariño y de una vida familiar. Se acercan a los demás, los estrechan las manos y los brazos, se les pegan a las faldas en busca de una caricia como implorando piedad.

Creciendo, el pesar de haber sido abandonados los atormenta y los exaspera. Se preguntan por qué han sido olvidados. Al salir de las comunidades, van en busca de la madre desesperadamente. Puede ocurrir también lo contrario: es la madre que va en busca del hijo o de la hija ya en edad de trabajar, para que la ayuden. Los pobrecitos se iluden, por ser tanta la sed de cariño, que haya sido el remordimiento a inducir a la mujer a acercarse a ellos; mientras no son sino amarguras las que reciben.

El peso de la ilegitimidad es un fardo pesado para llevar también cuando el niño tiene la suerte de crecer cerca de su mamá. En muchos ilegítimos —siguen diciendo los psicólogos— existe la sensación de vivir a la periferia de la sociedad. Está constantemente con el temor de deber revelar su posición ilegal. Sobre todo en las muchachas existe el vivo deseo de casarse pronto de hacerse de una familia, de adquirir un nuevo nombre que borre el "otro". En muchos existe la áspera y tenaz voluntad de sobresalir, de imponer su personalidad. Es el orgullo, más que la inteligencia, que actúa en ellos. Cuanto más hondas han sido las humillaciones sufridas, tanto más grandes son las aspiraciones.

El sufrimiento de ser un ilegítimo empieza, normalmente, cuando el muchacho va a la escuela. Poco a poco se hace sensible a cada ilusión acerca de su estado, a cada sonrisa maliciosa. Los jóvenes son a menudo crueles hacia los compañeros que tienen la desgracia de no poseer una familia completa.

La vida hiere mucho a los hijos de las madres—solteras. Son ellos —en definitiva— los que pagan muy amargamente por las culpas de sus padres.

Cuando el médico y el psicólogo hacen el diagnóstico de un estado anheloso, lo que hacen no es nada más que poner en relieve un profundo obstáculo psíquico que perjudica la libre afirmación de la personalidad. Obstáculo casi incomprensible en un mundo definido por la potencia y la prepotencia humana, por las realizaciones formidables que nos han asegurado el dominio de la materia en un grado insospechado. Estábamos acostumbrados a la imagen del superhombre y el ocaso a corto plazo de toda debilidad. Razón por la cual es embarazoso deber constatar el difundirse de los trastornos neuróticos, el crecer de la muchedumbre de individuos que tiemblan angustiados, inciertos y miserables frente a la responsabilidad de la existencia diaria. Si ello es el precio que debemos pagar por la indisciplina y por la intolerancia, en realidad se trata de un precio exagerado.

El estudioso querría ceder a la tentación del esquema, y decir que existen los angustiados por la sencilla razón que existen constituciones angustiadas, como existen los rubios y los negros de pelo, los altos y los bajos de estatura. Se nace con la inclinación a la angustia, igual que se nace con el cabello lacio u ondulado, y entonces el eventual tratamiento de este trastorno emotivo debería dirigirse nada más que hacia las curas orgánicas: Ojalá, por ejemplo, algún extracto de glándulas endocrinas, una intervención sobre el sistema neuro—vegetativo o algo parecido. Alguien lo ha experimentado, pero los resultados no han sido alentadores sino en proporciones insignificantes, y esto por la razón que estas famosas constituciones emotivas no explican el fenómeno del extenderse de los estados angustiados también en individuos que parecieran normales al examen médico. Si determinadas curas reconstituyentes fueran suficientes para eliminar las perturbaciones nerviosas, la psicoterapia no tendría razón de existir, o la angustia

desaparecería con inyecciones o con calmantes. Si determinados tipos anhelosos traen verdaderos beneficios de estas curas físicas, en muchos otros casos solamente una adecuada curación psíquica llega a vencer el síntoma y a restituir al organismo la alegría del trabajo y de la vida.

La afirmación se justifica con base en la moderna investigación psicológica. Son los atascos emotivos, las malas experiencias sentimentales, los traumas afectivos, la mala educación recibida durante la infancia que explican el surgir de estados anhelosos también cuando el individuo no se lo imagina: Sentido de incertidumbre y complejos de inferioridad, indecisión en los momentos más comprometidos, temor de fracasar también en circunstancias fútiles, vértigo y angustia que interrumpen la acción y dejan el individuo perplejo y humillado. Crisis psíquicas que pueden perfilarse ya en la adolescencia (y tendremos que ocuparnos del tímido que se aparta y encuentra la revancha de sus fracasos sólo en el plano de la fantasía), crisis dolorosas que estallan también en la edad adulta cuando la adaptación parecía felizmente alcanzada y fijada.

¿De qué se queja el ansioso? No logra explicarlo con precisión: El afirma verse abandonado, de dudar de la acción que el había planeado en todos sus detalles. Al comienzo se siente confiado, pero basta una pequeñez para perder el coraje y el contacto con el mundo. Y puesto que casi siempre se trata de personas sensibles y acostumbradas al autoanálisis, el anheloso añadirá que en determinados momentos nota síntomas físicos, palpitación cardíaca, dificultades en la respiración o espasmos cardíacos; mientras en otras circunstancias tiene la impresión de que sea la mente la que crea los mayores obstáculos.

Un duro golpe de sonda ha sido logrado por el psicólogo cuando ha buscado completar el retrato de la personalidad anhelosa. El individuo confiesa, sí, su íntima tribulación y quizás se difunde sobre las miserias que le impiden actuar, igual que todos los mortales en general; pero podemos estar seguros de que el verdadero anheloso hará lo posible para superar esta condición de crisis. En las maneras más sencillas: haciendo acrobacias mentales para justificar su estado de inseguridad y de inferioridad.

Nadie resiste a la tentación psicológica que acompaña el sentimiento de derrota y de abandono. Todos buscan desesperadamente un pretexto para eludir la situación trágica, y el anheloso se diferencia precisamente por la obstinación en buscar motivos ilusorios que deberían justificar su fracaso. He aquí la razón por la cual el anheloso revela su conexión al pensamiento mágico. Para evitar la tragedia de su situación, él fingirá creer en ciertos ritos o en la necesidad de cumplir ciertos actos que deberían facilitar la acción y asegurar el efecto. El poeta Baudelaire en sus cuadernos secretos delineaba horarios curiosos, fórmulas mágicas e invocaciones para convencerse a sí mismo de poder recomenzar el trabajo; pero todo eso no lo ayudaba a recobrar la felicidad.

Si eso es verdad, el pronunciarse de los estados anhelosos debería significar una especie de retorno a las condiciones psíquicas de la remota infancia. El anheloso se defiende de la sensación del fracaso, igual que se defiende un niño cuando choca contra grandes obstáculos, buscando una rápida autojustificación y refugiándose en el pensamiento mágico que le asegura la ilusión de la omnipotencia.

Esta moderna interpretación ha sido desarrollada también por el psicoanálisis. Hay quien dijo que el ataque anheloso evoca la anhelación del recién nacido en el momento, en que sale del seno materno para enfrentar un mundo ignoto y hostil; pero es indudablemente más persuasivo afirmar que cada congoja del adulto puede ser puesta en relación con las penosas consecuencias sufridas en el período infantil. El niño es una criatura dinámica y por eso intolerante frente a cualquier disciplina, pero el mundo de los adultos acepta solamente por breve tiempo estas explosiones de intolerancias y el pequeño aprende muy pronto lo que significa la intervención de los padres en la educación.

Si esta educación es dulce, razonada y gradual, entonces las cargas agresivas se desvanecen y el niño pasa de la infancia a la adolescencia sin trastornos dramáticos. Si las constricciones son brutales y las represeiones tiránicas, he aquí en presencia de un niño

asustado, tímido, extravagante, anormal. Conclusión inesperada: el ansia del adulto revela una infancia infeliz, constelada de terrores y de puniciones, atormentadas por incomprendiones y agresividades no desahogadas.

Es con estas indicaciones que el psicólogo colabora con el médico cuando se presenta el caso de enfrentar un estado anheloso: Liberar estas cargas agresivas removidas en el inconsciente que es la zona oscura y subterránea de la psique, desarrollar en el individuo anheloso el sentimiento social, estimular los contactos con el mundo que lo rodea. Pero el mensaje vale ante todo para los padres y los educadores: La comprensión y la intervención prudente para controlar el comportamiento infantil con las técnicas mejores para inmunizar los niños frente a los complejos de inferioridad y para asegurar una edad adulta libre de ansias y de emociones morbosas.

Somos todos responsables directamente del equilibrio psíquico de las futuras generaciones: en este plano la psicología alcanza la enseñanza de todas las filosofías dignas de este nombre. En caso contrario asistiríamos a los más terribles de los absurdos históricos: al del hombre desanimado, impotente y humillado en una época que glorifica el dinamismo, la potencia y el gozo triunfante.

Entre lo mucho que se afirmó acerca de los problemas de la infancia abandonada, una parte ha sido particularmente descuidada: ¿qué destino está reservado a estos "hijos de la sociedad" cuando las puertas de las instituciones que los criaron se cierran detrás de ellos?

El tema es grave y delicado. Una vez despedidos, muchos jóvenes se encuentran sin trabajo o terminan mal su existencia, con un montón de problemas prácticos y psicológicos: criaturas anhelosas, emotivas, impulsivas, de muy fácil depresión, con un gran deseo de evadir sin saber de quién y de qué. Si no tienen la suerte de encontrar pronto un compañero o una compañera equilibrados para formar una familia, no serán capaces de radicarse

A la pregunta si los menores, que han crecido a costa de la pública asistencia, son suficientemente aguerridos para cuidarse a sí mismos cuando entran en la sociedad, se podría contestar que todo depende del tipo de institución que los ha educado.

En el mundo existen instituciones que, por estar al día con los progresos alcanzados, desarrollan una obra buena: los muchachos que aprenden oficios productivos, de alto nivel profesional, tienen la seguridad de poder conseguir buenas plazas de trabajo. Se trata de instituciones con muchas disponibilidades económicas y en contacto con las grandes ciudades que siempre ofrecen un estímulo profesional. Lejos de estos grandes centros urbanos, el problema sigue siendo grave. Existen, quizás, buenas disposiciones de carácter higiénico y sanitario, y los muchachos reciben un alimento con el número necesario de calorías. Pero hay que educarlos gradualmente a una cierta independencia, a ser autónomos el día que saldrán de la comunidad para entrar en el mundo. Y, puesto que en la sociedad civil la independencia se alcanza con un trabajo adecuadamente cumplido y retribuido, necesita ayudarlos en la búsqueda de un oficio. Quien no piensa en ello, ha fallado en su propia tarea.

Suponemos que el muchacho haya encontrado el trabajo que le gusta en los talleres de las instituciones. Ahora hay que pensar que él deberá vivir en el mundo de "afuera". He aquí la necesidad de ponerlo en contacto, lo más que se pueda, con la gente; he aquí la necesidad de ofrecerle una educación cívica. Debe aprender a discutir acerca de los problemas sociales, sindicales y de trabajo. Aunque se les haya dado una buena orientación educativa, religiosa y moral, los muchachos no están siempre acostumbrados a defender sus ideas, no saben qué es un contrato de trabajo y cuáles son las corrientes políticas de su país. El problema de la inserción en la vida social es uno de los más difíciles.

En las instituciones que dejan salir los muchachos más grandes para ir a la escuela y al trabajo, se los nota más abiertos y con un lenguaje e intereses más amplios.

Otro error que se comete es el de crecer estos jóvenes como si no fueran destinados al

matrimonio. A menudo no se comprende la importancia de enfrentar la discusión acerca de ciertos problemas. El psicólogo ha podido constatar muy bien, en las muchachas, cuál es el concepto que ellas tienen del amor conyugal. Sobre todo, lo recuerdan en manera idealista: príncipe azul, o algo parecido. Son criaturas ávidas de cariño; muchas veces no han conocido ni siquiera la madre. En estas condiciones, cuando salen libres buscan un amor cualquiera; dispuestas a ser además amadas mal, a condición de que alguien se ocupe de ellas; lo que es parte de la psicología de la mujer. Quien nunca ha sido querido de verdad, no sabe querer bien; es una gran verdad. Están tan hambrientas de cariño que si acaso saben de poder vivir con alguien que refleja a los padres, se le acercan sin preocuparse cuál será el resultado.

Lo que se puede y se debe hacer es buscar la manera de ofrecer a todos los muchachos abandonados un ambiente que se acerque, lo más posible, al de la familia. Hoy, cuando se construye un nuevo colegio, no se preocupan solamente de las exigencias higiénicas. Se recurre a una arquitectura que permita una asistencia más individualizada, según los más calificados criterios pedagógicos. El colegio está compuesto de verdaderos pequeños apartamentos donde vive cada grupo—familia con la vicemadre o el educador. Los alimentos se alistan en las cocinas de las instituciones, pero cada grupo—familia come en su “casa” También el arreglo de la casa se estudia para que estimule aquel sentido de propiedad y de intimidad que corresponde a una precisa exigencia del muchacho. Si se logra educar bien a un muchacho, mañana será un ciudadano capaz de introducirse normalmente en la sociedad, un ciudadano que produce. En caso contrario, habrá que seguir asistiendo toda la vida y, presumiblemente, será destinado a dar vida a hijos que, a su vez deberán ser ayudados. Además, es indispensable que el cuidado de los muchachos esté bajo la guía de asistentes educadores calificados, desde luego muy difíciles de conseguir por ser el trabajo duro, difícil, dispendioso y de gran responsabilidad.

La solución mejor queda todavía, la de proporcionar, cuando es posible, una “familia” a los muchachos abandonados: una familia con disponibilidad afectiva, y ojalá, con otros hijos para que el muchacho pueda adquirir mejor y más experiencia con “hermanos”. El mismo Concilio afirmó que hay que dar una familia a más niños solos. Pero quedarán siempre los muchísimos menores para los cuales las instituciones deberán substituir o integrar la labor de aquella “familia”. Las instituciones deben ser ayudadas para que se desenvuelvan bien. Y una vez puestas en condiciones proficuas en el plan de las especializaciones y de las relaciones económicas, nadie podrá seguir acusándolas de no cumplir con la vocación por la cual se instalaron. Solamente así se ahorrarían penas a tanta gente y mucho dinero a la sociedad.

Después de tantas consideraciones acerca de un problema mucho más grave de lo que pudiera parecer a primera vista — no solamente para los interesados directos, sino para toda la humanidad— no cabe duda de que es interesante sacar algunas conclusiones más, que sigan convalidando mis viejos conceptos acerca de la “no salvación para los hombres”.

Los hechos expuestos en este capítulo nos demuestran nuevamente, no obstante los pareceres contrarios, que no hay sociedad entre los hombres.

No necesito insistir, sobre todo para quien quiere entender, que cualquier humano que no vive la vida para la cual nació, es un ser biológicamente anormal. Un ser que nunca podrá dar a la sociedad (si de sociedad podemos hablar) lo que debería dar, por encargo de la misma naturaleza, es un ser perdido. El hecho es muy grave y de una gravedad que todavía no hemos logrado entender. No estoy hablando sin sentido, sino como un hombre biológico que ve la vida, no desde un punto de vista imaginativo, sino desde el punto de vista que debería verla todo hijo fiel de la naturaleza.

¿Por qué la vida de los hombres anda tan mal? ¿Por qué son tantos, innumerables los problemas que tenemos que enfrentar forzosamente para poder, no decimos vivir porque si así fuera no habría problemas, sino nada más que para vegetar en espera del día de nuestra desaparición de este mundo? Precisamente porque no sabemos vivir. La culpa no es del niño, ni de la mala suerte, si nuestra vida es parecida a la de un infierno sin fin. La

culpa es de nosotros mismos que no sabemos aprovecharla, aunque tengamos armas y facilidades para enfrentarnos a cualquier situación que "parezca" contraria a nuestros deseos. Digo "parezca" y no decididamente contraria, porque representaría más que todo una falta de fe hacia Quien nos ha dado la existencia.

De los mismos problemas que están sufriendo los niños sin padre, o en las condiciones enumeradas, estamos sufriendo todos los hombres, quien más y quien menos, sin darnos cuenta porque la verdad está más escondida. Eso para llegar a una conclusión muy general, pero igualmente muy importante, por la cual es inútil preocuparnos tanto en echar la culpa a los otros por hechos mal cumplidos, cuando quizás nosotros mismos estamos cometiendo errores más graves.

Hemos hablado de las madres—solteras, de las nodrizas de los hijos de las madres—solteras, de las instituciones que "cuidan" a estos niños, del porvenir de los mismos y de sus parientes que ofrecen su colaboración. Es inútil insistir sobre este asunto con el fin de buscar una solución satisfactoria a las incógnitas. Son problemas que se "pueden" resolver solamente en el seno de la misma familia. Sólo las madres, si se trata de una verdadera madre para sus hijos, pueden representar la medicina más eficaz para curar los eventuales defectos de su prole. Todos los demás no son sino paliativos que mitigan el mal sin curarlo. Para ser sincero y por estar interesado en la psicología de todos los animales, inclusive el hombre, — aunque con eso podría crearme muchos enemigos — estoy convencido de que no hay en realidad ningún hombre, a menos que fuera un encargado por Dios, y que está a la dirección de estas instituciones, que sepa llevar a cabo una tarea tan difícil con la perfección debida.

Y, ¿por qué tan pesimista? se me podría preguntar. La contestación es fácil y sencilla. Porque cada hombre tiene, o puede tener a su vez, los mismos problemas o problemas parecidos a los que atañen a los "enfermos" que debe cuidar. Hablo de "enfermos" porque así es. Y si cada uno de estos hombres no sabe curarse a sí mismo, ¿cómo puede curar a los demás? Y, aunque sabiendo, la gente no está, desgraciadamente, hecha y nunca ha querido ser hecha para pensar más en los demás que en ella misma; o por lo menos de una forma parecida. Es una especie de egoísmo que, aunque muy especial y no siempre bien comprendido, no puede ayudarnos a encontrar nuestra salvación.

Si la madre—soltera no quiere o no puede criar sus hijos, y los pone bajo la vigilancia de una buena nodriza, puede ser que algún buen resultado se consiga, por haber sido o por ser, la nodriza, una buena madre, además que una mujer; y sabemos que las mujeres son las más indicadas para criar hijos. Pero, si ponemos los hijos bajo el cuidado de hombres o de mujeres, como en el caso de ciertas instituciones religiosas o laicas, y que además son solteros y no se les permite casarse, entonces los resultados tienen que ser forzosamente dudosos. Menos mal si se trata de personas que, aunque nunca se hayan casado, ya son mayores: en ellas muchos problemas de carácter sexual se han apagado, pueden atender a los niños con más tranquilidad, ser más pacientes con ellos y más comprensivos. Pero si se trata de hombres y mujeres todavía muy jóvenes, que se alejaron de su casa y de su mamá a una edad demasiado temprana para su formación mental y moral, y que no han podido gozar suficientemente de un verdadero ambiente familiar, el biológico, entonces podríamos considerarlos como si fueran hermanos, por la edad que tienen, repito, de los niños muchachos que están cuidando. Maestros y discípulos tendrían más o menos problemas que enfrentar, razón por la cual hay que aconsejar a todos ellos una colaboración y una comprensión recíproca al enfrentar la vida. Desgraciadamente las cosas no andan siempre así: los "grandes" se sienten superiores a los pequeños y ni quieren bajarse al nivel de estos últimos para poder comprenderlos mejor; están convencidos de tener siempre la razón, aun cuando no la tienen y muy pocas veces se preocupan de dar la "impresión" que se sienten culpables frente a ciertos hechos, para ver si con este nuevo camino es posible poner el niño en condiciones de poder redimirse más pronto, o sencillamente cambiar ideas.

La humildad es una gran dote que muy pocos poseen y que hace muy grande a quien

sabe disfrutarla conscientemente. No es con la voz alta, con las puniciones severas, con los grandes sustos, y peor todavía, pegando a los niños, cualquiera que sea la razón, que se alcanza el resultado querido. Los grandes deben aprender a vivir antes de enseñarles a los demás. Si DIOS, bueno como es, decidiera usar los mismos métodos a veces crueles que usamos los hombres para castigar a quien "creemos" que haya fallado, ya el mundo hubiera desaparecido desde un tiempo inmemorable. Nuestra tierra sería todo un cementerio. Y si El querría salvarnos por lo menos la vida poniéndonos en una "casa de corrección", ningun alma viviente estaría afuera de sus muros. Siempre estamos listos, los hombres, a pedir ayuda y perdón al Señor, pero ¿cuándo nos decidiremos a perdonar a quien pensamos que nos ha ofendido de cualquier forma que sea?

Los pecados de los demás nunca nos pasan desapercibidos, mientras no vemos los nuestros y nos ponemos nerviosos si alguien nos los recuerda.

Tenemos que razonar mucho más de lo que no hacemos, frente a cualquier problema nuestro o de los otros, que se nos presente. Seamos calmos en presencia de cualquier hecho que nos parezca anormal y que pertenece a la vida de tantos pobres muchachos, porque la culpa no es directamente de ellos sino de la mala suerte que los está acompañando en la vida. No merecen ser castigados, porque la vida ya los castigó bastante; sino consolados, ayudados a salir de este infierno terreno, a darles por lo menos la ilusión que también habrá un mañana resplandeciente, un mañana de sol y de color, y de amor verdaderamente humanitario. No rechazemos a estos muchachos abandonados, sino invitémoslos a vivir con nosotros, a gozar solo muy poco de lo mucho que nos ofrece de bueno y de bello este mundo, porque todavía no hemos sabido comprender la hermosura de una vida bien vivida. Yo también me doy ahora cuenta que estoy ilusionándome con estas palabras, pero perdóneseme, por ser tanto el deseo que tengo de que los hombres se den cuenta de los errores que están cometiendo para correr juntos hacia la salvación.